

Recensión crítica



Pablo San Martín Antuña

La nación (im)posible. Reflexiones sobre la ideología nacionalista asturiana

Ediciones Trabe

Año: 2006

432 páginas

ISBN: 84-8053-403-6.

Precio: 30 €

Para adquirir: <http://www.trabe.org>

MÁS ACÁ Y MÁS ALLÁ DE LAS PALABRAS. A PROPÓSITO DE LA OBRA DE PABLO SAN MARTÍN DE ANTUÑA

José Carlos Loredo Narciandi

Profesor Contratado Doctor, Dpto. de Psicología Básica I, Facultad de Psicología, UNED. Dirección: Dpto. de Psicología Básica I. Facultad de Psicología. UNED. Apdo. 60148. Ciudad Universitaria. 28040 Madrid (España). E-mail: jcloreto@psi.uned.es. Tlf. +34 91 398 79 70.

Nel altu de La Espina
conocí un pastor. [...]
Falóme de l'Habana,
Los Ánxeles, Chicago
y de Nueva York. [...].
"Neñu, el mundu ye pequeñu
sin nun tienes corazón"
-dixo él-. [...]
Nel altu de La Espina
conocí a un pastor. [...].
Falóme de La Veiga,
Oubona y Paniceiros,
Caeras y Busmión. [...].
"Neñu, el mundu ye pergrande
si ye grande'l corazón"
-dixo él-.

Xuan Bello (adaptación de Lisardo Lombardía para el grupo Llan de Cubel)

Este libro procede de una tesis doctoral leída en la Universidad del País Vasco, dirigida por Francisco Llera. El autor cuenta que, a menudo, quienes le preguntaban por el tema de su trabajo entendían

que estaba haciendo una tesis sobre el nacionalismo austriaco, porque ni siquiera se les pasaba por la cabeza que pudiera existir una cosa tal como el nacionalismo asturiano. A lo mejor a los lectores de esta recensión les ocurre lo mismo y creen que los únicos nacionalismos “periféricos” españoles son el vasco, el catalán y el gallego. El primer mérito del libro es el de desmentir esa creencia y mostrar que el nacionalismo asturiano, al margen de la valoración que nos merezca, ni es un disparate de unos pocos exaltados ni una emulación oportunista de otros nacionalismos.

Históricamente, el abanico de posiciones que podríamos denominar asturianistas abarca desde las posturas regionalistas que se limitan a defender determinadas particularidades culturales -a partir de las cuales defender derechos políticos y administrativos- hasta las posturas propiamente nacionalistas, que consideran a Asturias como una nación en sentido estricto -para los más radicales es una colonia con derecho a separarse de España, e incluso a plantear la anexión de comarcas leonesas limítrofes como Laciana o Babia-. Este asturianismo nacionalista, tal y como muestra el libro, es reciente, de mediados de los años 70, y procede sobre todo de la asociación Conceyu Bable (la cuestión de la reivindicación lingüística es fundamental desde entonces). Son los nacionalistas actuales quienes, como no podía ser de otro modo, reconstruyen unos antecedentes ideológicos que, sin ser nacionalistas en el sentido moderno (un sentido que sólo puede aplicarse a partir del s. XIX), son sin embargo asturianistas. Tales antecedentes incluyen ideas y temas muy diversos, como el cultivo o la normalización del bable (Jovellanos, Gumersindo Laverde), el estudio de la cultura tradicional asturiana (el grupo etnográfico La Quintana, el Instituto de Estudios Asturianos), la defensa de instituciones políticas regionales (José Caveda y Nava), la demanda de autonomía y proteccionismo económico (la Junta Regionalista del Principado, la Liga Regionalista)... Predominan los planteamientos culturales antes que los políticos, aunque quizá sería más adecuado decir que los planteamientos políticos basan gran parte de su argumentación en características culturales distintivas (lengua, costumbres, valores, mitos y leyendas, modos de producción, organización socioeconómica, psicología popular...). A menudo esas características se oponen a las propias del mundo mediterráneo y se vinculan a las de la Europa atlántica (el celtismo es frecuente desde los años 80 del s. XIX). Por otro lado, entre las opciones políticas asturianistas, históricamente han sido mayoritarias las conservadoras (p.ej. la Junta Regionalista del Principado o el Instituto de Estudios Asturianos) y las reformistas (p.ej. Caveda y Nava). En el nacionalismo asturiano que surge en los años 70, sin embargo, se hallan muy presentes las posturas de izquierdas¹, con componentes marxistas, anarquistas, ecologistas y pacifistas². Este nacionalismo asume, desde luego, algunos elementos de la tradición asturianista anterior (como las investigaciones sobre la cultura tradicional o

¹ Hay, no obstante, antecedentes del asturianismo de izquierdas en la Mancomunidad de Ayuntamientos Mineros, que a finales de la primera década del s. XX defiende la propuesta federalista de Pi y Margall (San Martín, 2006: 230- 231).

² Únicamente los Comités d'Acción Revolucionaria, en 1979, defendieron la lucha armada. Establecieron contactos con ETA y realizaron algunos atracos para obtener fondos. Por fortuna, sólo duraron unos meses (San Martín, 2006: 353-354).

sobre las variedades dialectales del asturiano), pero reacciona contra la idea de "asturianía" (mero apego al terruño) y contra un regionalismo que ve en la identidad asturiana un mero conjunto de particularismos abocados a disolverse en una "cultura española" (castellanizante o mediterránea) que se presenta como superior o más moderna.

Aunque quizá no quede del todo claro dónde termina la reconstrucción histórica realizada desde dentro -es decir, desde el punto de vista nacionalista- y dónde empieza la que, desde fuera, realiza el autor del libro -quien, según su propia confesión, se volvió escéptico respecto a todo nacionalismo conforme elaboraba su tesis-, creo que el segundo y más importante mérito de la obra es precisamente el de ofrecernos un recorrido claro y documentado por la historia de las ideas asturianistas y las actividades políticas y culturales derivadas de ellas.

Pablo San Martín sitúa el origen del asturianismo en el siglo XVIII, en los primeros intentos de normalizar el bable de la mano de ilustrados como Jovellanos. El desenlace de la historia lo sitúa en el único momento en que, obviamente, puede situarse: el presente, desde los años 70 hasta hoy, cuando el asturianismo se convierte en nacionalista y se reconoce a sí mismo como tal³. De hecho el autor procede de ese mundo nacionalista asturiano, si bien tras elaborar su tesis adoptó un punto de vista posmoderno según el cual los nacionalismos -da igual si centrales o periféricos- no son más que discursos cuyo valor de verdad depende siempre de determinadas coordenadas ideológicas y sentimentales más allá de las cuales es imposible juzgarlos. Pero sobre esto volveré dentro de un instante. Ahora me interesa subrayar que no es casual que sea justamente en la actualidad, en el momento en que el asturianismo se radicaliza en forma de nacionalismo, cuando se intente trazar la historia de dicho asturianismo, precisamente porque en esa historia se espera encontrar una legitimación que vaya más allá de la coyuntura política reciente⁴. Así como la nación posee su propia historia, así también la teorización de esa nación (esto es, el nacionalismo) posee una historia paralela, como no podía ser de otro modo.

Pues bien, según San Martín, los tres grandes momentos históricos en el desarrollo de la ideología asturianista son: 1) El siglo XVIII, con la figura de Jovellanos -cuya obra ha sido leída desde las más diversas posiciones: regionalistas, españolistas y nacionalistas- como referente casi único. Los capítulos III y IV intentan hacer una valoración ponderada del "prócer gijonés", como suelen llamarlo los columnistas locales; 2) Los años 30 del siglo XIX, cuando la abolición de la Junta General del

³ Aunque el autor no lo destaque, conviene señalar que la parte de ese nacionalismo más alejada de la izquierda, la representada por el Partíu Asturianista de Xuan Xosé Sánchez Vicente, ha evolucionado en los últimos años hacia posiciones autonomistas (en las próximas elecciones se presentará junto con una formación regionalista de derechas).

⁴ Un ejemplo no citado en el libro es la *Historia del nacionalismu asturianu* de Inaciu Iglesias (Oviedo: Ámbitu, 2004). Seguramente porque se hace desde el escepticismo respecto al nacionalismo, la historia de Pablo San Martín pretende ser más bien una *genealogía*, en sentido foucaultiano.

Principado genera un movimiento xuntista de carácter asturianista reivindicativo. José Caveda y Nava, escritor, político y estudioso de la lengua y la historia de Asturias, cuya perspectiva dio forma al “covadonguismo”⁵, es la referencia más importante de este momento y a ella se dedica el capítulo V; 3) La segunda década del siglo XX, cuando floreció el regionalismo y se hizo expresa la contraposición entre la Asturias atlántica y la España mediterránea. La Doctrina asturianista publicada en 1918 por la Junta Regionalista del Principado es ahora la principal referencia, analizada en el capítulo VI.

Pero el libro no es una mera descripción “neutral” de la historia de la ideología asturianista. Su autor adopta una perspectiva historiográfica -teórica y metodológica- a cuya exposición dedica los dos primeros capítulos y los epígrafes iniciales de algunos otros de los nueve que componen la obra. El enfoque teórico se basa en la Teoría Política de Discursos, una derivación del Análisis del Discurso propuesta por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe desde finales de los 80, a quienes siguieron Yannis Stavrakakis y David Howarth. Esta teoría contiene elementos marxistas, post-estructuralistas, hermenéuticos, lacanianos y de filosofía analítica. Otros autores a los que acude San Martín a lo largo del texto son Hayden White (las narrativas históricas como “ficciones verbales”), Michael Freeden (las ideologías como “morfologías” de significados) y Slavoj Žižek (las ideologías como discursos, desde un punto de vista laciano). También acude San Martín a la conocida idea de la “comunidad imaginada” propuesta por Benedict Anderson en 1991, según la cual las nacionalidades son algo así como fantasías del pasado, es decir, construcciones imaginarias de un determinado colectivo humano que recurren a una historia común como fuente de legitimación.

Uno de los conceptos clave del libro es el de “dislocación”, que se refiere a los vacíos que los nacionalismos intentan suturar mediante determinadas narrativas históricas. Las dislocaciones son los momentos en que determinados eventos históricos y sociales hacen aflorar cierta conciencia comunitaria que es interpretada retrospectivamente por el nacionalismo insertándola en una unidad que posee sentido histórico, político y teórico. De acuerdo con los tres grandes momentos del desarrollo del asturianismo que resumí un poco más arriba, habría tres grandes dislocaciones⁶: 1) El

⁵ El covadonguismo es la bestia negra del nacionalismo asturiano. Frente a lo que -según San Martín (2006:161-164)- pensaba Jovellanos, para quien Pelayo no restauró el reino goda porque los godos habían sido unos invasores más, el covadonguismo supone que la batalla de Covadonga restaura la monarquía visigoda española, de modo que Asturias no sólo no es diferente de España, sino que es el origen mismo de España. Podríamos decir que al mito de Covadonga remiten, en cierto modo, todas las discusiones en torno a la identidad política de Asturias, y por tanto todas las discusiones entre regionalismo (autonomismo), nacionalismo asturiano y nacionalismo español. Un buen resumen divulgativo y crítico de este mito se encuentra en las págs. 42 a 54 del libro de Carlos Rubiera *La cultura asturiana. Presente y perspectivas* (2ª ed., Oviedo: Trabe / Fundación Nueva Asturias, 2000).

⁶ Leyendo el libro no deja uno de tener la sensación de que el autor da por sentado que esas “dislocaciones” -y las correspondientes oscilaciones históricas del asturianismo- constituyen momentos en los cuales el proyecto nacional español muestra sus problemas políticos, sus flaquezas, de modo que los nacionalismos surgirían como reacción a esos momentos de crisis. Ahora bien, ¿No equivale esto a asumir implícitamente que España, como nación, es anterior y no simultánea a sus componentes territoriales? ¿no son precisamente esas crisis periódicas las que demuestran que la estabilidad de España como

fin del Antiguo Régimen. El desmoronamiento de la “fantasía” imperial española coincide con las nuevas connotaciones ilustradas de conceptos como “pueblo” o “nación”; 2) El fin de la autonomía representada por la Junta General del Principado, en 1835. La centralización administrativa coincide con un nuevo nacionalismo español al que las élites asturianas se adhieren reinterpretando los elementos asturianistas en unos términos que preparan el terreno al regionalismo posterior; 3) La crisis de la Restauración de 1874 en la segunda década del s. XX, que conlleva el surgimiento de numerosos proyectos regionalistas en toda España.

La última dislocación, que el nacionalismo contemporáneo estudiado en el capítulo IX habría venido a suturar, sería la del fin de la dictadura franquista, cuya paradójica actitud hacia el asturianismo - paradójica porque constituyó un caldo de cultivo para Conceyu Bable, germen del nacionalismo actual- es analizada en los capítulos VII y VIII con gran brillantez mediante la analogía del enfermo terminal al que se mantiene con vida artificialmente⁷.

A riesgo de simplificar, creo que el armazón del libro podría resumirse del siguiente modo. Para el nacionalismo, el pasado está representado por una continuidad que remite a una comunidad imaginada, pero esa continuidad se ha roto en el pasado reciente, lo que da lugar a una crisis, a un vacío. En el presente es necesario reconstruir la continuidad interrumpida, suturar el vacío. A través de la política se logrará que en el futuro vuelva a existir la comunidad imaginada.

El propio autor sintetiza perfectamente, en la penúltima página de su obra, la conclusión a que ese esquema conduce:

Todos estos elementos ‘históricos’ [los analizados a lo largo del libro], que no tienen necesariamente ningún sentido particular, adquieren una significación en términos asturianistas y pasan a formar parte de una tradición que une pasado con presente y horizonte de futuro. Evidentemente, se trata también de una construcción fantasmática sujeta a las mismas dinámicas [discursivas y lacanianas] que antes señalábamos. En este sentido, podríamos decir que la HISTORIA, como las naciones, no existe. Existen las palabras. Existen nuestras narraciones sobre un pasado, que no podemos más que ver a través de nuestros paradigmas presentes, que no tienen más significado que el que le damos retrospectivamente (San Martín, 2006: 390).

nación es algo que no puede darse por hecho, en cuyo caso los nacionalismos no serían reacciones interesadas *a posteriori*, sino problematizaciones (constitutivas) de la unidad de España?

⁷ Refiriéndose al bable afirma: “[E]l asturiano era, de una parte, la menos ‘normalizada’ de las lenguas periféricas (si exceptuamos el aragonés) y, de otra, estaba totalmente desconectada en aquellos años de cualquier movimiento de oposición al Régimen. [...] En ese sentido, fue un perfecto ‘otro’, con el que simbolizar el bloqueo inmanente de la identidad étnica española sin producirle una excesiva amenaza. [...] La lengua asturiana [...] servía como cabeza de turco con la que representar que algo quedaba todavía suelto, que la deseada homogeneidad total y plena no era del todo posible aún, pero que sería posible tan pronto como esa ligera y residual heterogeneidad fuera eliminada (algo que en todo momento se presenta como cercano). Si la estrategia franquista con el catalán o el vasco fue, aparentemente al menos, la de una ejecución (o la de un intento de ejecutar), con el asturiano fue la de una *tortura*. [...] El asturiano fue [...] mantenido con vida -mediante la administración de una calculada permisividad- conservado como un cuerpo casi muerto, que ya no podría por más tiempo encarnar ningún exceso pecaminoso. Como un ejemplo viviente de la única posible ‘salida’ para los enemigos de la nación. El éxito de esa operación dependía, en gran medida, de la habilidad de las políticas franquistas para manejar la distancia entre la vida y la muerte. [...] Y quizás el control de esa distancia fue lo que le falló al Franquismo” (San Martín, 2006: 71- 72).

El problema, a mi juicio, es que el cuerpo del libro -el excelente recorrido por la historia de la ideología asturianista- podría mantenerse sin necesidad de arroparlo con un aparato teórico tan ambicioso como el utilizado. Quizá ello fuera necesario para una tesis doctoral, pero no para un ensayo, aunque tampoco termina de apreciarse con claridad, en ningún caso, la relación entre el marco teórico empleado y la narración histórica.

Pero al margen de que la discusión conceptual nos parezca más o menos prescindible, podemos realizar un juicio general sobre ella, una valoración del punto de vista teórico que da sentido a la obra. Insisto que, aunque discrepemos de la perspectiva teórica del autor o la consideremos superflua (o ambas cosas), el libro sigue siendo muy recomendable.

La cuestión fundamental, para decirlo sin rodeos, es si uno puede (no si debe, sino si puede) situarse por encima del bien y del mal en lo que respecta a la racionalidad de la ideología nacionalista, es decir, al problema de su validez, de sus contradicciones, de su viabilidad, etc. Es obvio que un estudio académico de la historia del nacionalismo asturiano no puede ser un panfleto político, pero eso no significa que la ideología asturianista pueda reducirse, sin residuo, a una pura sucesión de discursos que se adoptan o se rechazan en virtud de meros motivos personales o biográficos. Pablo San Martín no es, en absoluto, ingenuo respecto a los problemas epistemológicos que acarrea una posición teórica posmoderna como la suya. De hecho, dedica un número considerable de páginas a justificarla, como ya he indicado. Sin embargo creo que su distanciamiento del objeto de estudio constituye un ejercicio, por así decir, tramposo. Tanto él como los autores nacionalistas actuales, cuyo “discurso” analiza, están hablando de lo mismo: de Asturias, de la “identidad” asturiana. Y, entonces, una de dos: o bien los discursos nacionalistas hablan de algo que no existe, en cuyo caso poco interés tendrían (salvo como síntomas psiquiátricos, tal vez), o bien hablan de algo tan real como la vida misma, en cuyo caso no se puede mirar para otro lado y hacer como si uno fuera ajeno a ella. La siguiente cita pertenece al brillante “Apunte final” del libro (“Sobre la posibilidad de las palabras y la (im)posibilidad de las naciones”), y la traigo a colación porque ejemplifica muy bien la contradicción en la cual, a mi entender, incurre una perspectiva como la de Pablo San Martín:

¿Quién, hoy en día, va a afirmar que las naciones son unas entidades determinadas por características culturales primordiales, unas entidades transhistóricas que han estado siempre ahí y que imprimen una identidad clara y transparente a sus miembros? El consenso sobre la construcción de las naciones es mayoritario” (San Martín, 2006: 382).

Dicho así, puede que ni siquiera un Sabino Arana resucitado lo suscribiera. Sin embargo, matizando los significados de términos como “entidades” o “identidad”, es evidente que la respuesta a la pregunta retórica de San Martín no puede ser más fácil de encontrar: los nacionalistas a los que ha dedicado su libro son justamente quienes, hoy en día, afirman eso que, supuestamente, nadie en su

sano juicio estaría dispuesto a afirmar. Así pues, algo falla: o bien estos nacionalistas no merecerían tanto esfuerzo de análisis porque su discurso, además de minoritario, es una antigüalla (o un delirio), o bien este discurso nacionalista asturiano tiene tanto derecho a entrar en liza como los discursos del nacionalismo español -incluyendo aquí el del "patriotismo constitucional" invocado en los últimos tiempos contra los nacionalistas vascos y catalanes-. El "consenso sobre la construcción de las naciones" -entendida como construcción fantástica- será mayoritario, pero deja residuo, como demuestra la lectura misma del libro.

Repito que el autor es consciente de este tipo de problemas conceptuales, y precisamente por ello bebe de unas fuentes teóricas -el Análisis del Discurso y la psicología de Lacan- particularmente apropiadas para distanciarse de su objeto de estudio y esquivar cualquier posibilidad de entrar en la discusión, es decir, de situar los discursos de los nacionalistas en pie de igualdad con el discurso académico adoptado, aunque fuera para desmentirlos. Lo curioso es que, al mismo tiempo que los sentimientos nacionales o identitarios se tratan como algo que está al margen de cualquier tipo de racionalidad -motivos individuales, psicológicos, analizables siempre desde fuera-, se acude a una determinada concepción de lo psicológico -la del psicoanálisis de Lacan- para justificar el punto de vista teórico del libro. Y así, se nos dice que las identidades nacionales son imposibles no sólo porque se reduzcan a meras palabras, sino además porque el propio sujeto (da igual si individual o colectivo) es imposible. El sujeto es constitutivamente inestable y contradictorio. Desde el punto de vista de Lacan, el sujeto es, en el fondo, un vacío:

Para Lacan, es en este momento (en el que domina la imposibilidad) cuando el sujeto emerge. El sujeto, por tanto, no es más que ese vacío, ese hueco o falta, que media entre la crisis de una vieja identificación y la emergencia de otra nueva identificación (San Martín, 2006:334)

Con la aplicación sociopolítica de Lacan, el autor del libro evita considerar a los nacionalismos actuales como interlocutores, es decir, como sujetos. Ellos no son sujetos políticos porque, en realidad, no existen los sujetos políticos (ni tampoco los objetos):

La situación de dislocación del Franquismo [...] supuso que una determinada realidad y, consecuentemente, las identidades y posiciones del sujeto asociadas a ella entraron en crisis. Sujeto y objeto -ambos imposibles en última instancia- son desestabilizados, creando una situación de apertura y ambivalencia que genera ansiedad en los actores (que ven cómo sus certezas no son más que alternativas entre alternativas). Bajo ese dominio de lo Real⁸ del Franquismo fue cuando aparecieron los sujetos: empujados por el vértigo al vacío, a tomar de nuevo decisiones, a buscar alternativas. Es entonces cuando emerge una nueva subjetividad política (nacionalista) que, rearticulando diversos elementos disponibles, eleva a lo asturiano al centro de su cadena de significación (San Martín, 2006: 339-340).

⁸ Desde la perspectiva lacaniana, "lo Real" es la situación -por así decir- realmente existente, mientras que "la realidad" la forman las posibilidades, las alternativas (el *objeto*).

Estamos, entonces, ante unos sujetos individuales (los nacionalistas) que se constituyen en sujeto colectivo (el nacionalismo) por razones de psicología profunda. Podríamos decir que la ansiedad y la inseguridad se subliman en forma de una ideología política que ofrece seguridad y da sentido a la acción pública. Ahora bien, llegados a este punto, el meollo de la cuestión permanece sin analizar: ¿por qué se producen esos “sentimientos” que se expresan en términos de ideología nacionalista o asturiana? ¿Por qué se dan en unos individuos y no en otros? Y lo más importante: ¿es racional el modo en que esa dinámica psicológica se objetiva en forma de ideología?

La estrategia metodológica de Pablo San Martín incluye, además de la consulta de documentos de muy diversa índole (archivos, actas, manifiestos, panfletos, monografías, publicaciones periódicas), entrevistas semiestructuradas y anónimas a nacionalistas asturianos actuales. Pues bien, en muchas de ellas encontramos una unión de circunstancias biográficas (p.ej. la burla por hablar asturiano en el colegio) y sociopolíticas (la transición a la democracia, los estatutos de autonomía, la crisis económica asturiana) que está ya teorizada por los protagonistas, quienes en absoluto son ingenuos respecto a su propia ideología. ¿Por qué esa teorización se pone entre paréntesis y se utilizan los testimonios como si fueran informes etnográficos?

Esos testimonios no son puras palabras. Son trozos de biografías de sujetos reales. En cierto modo, los sentimientos nacionales están más acá de las palabras. Pero no porque posean connotaciones místicas o irracionales, sino porque tienen que ver con la materia misma de que está hecha la vida. No se deducen de un conjunto de premisas conscientemente adoptadas. Forman parte de nuestras biografías, de nuestra educación sentimental y estética (tomando este último término en su sentido genuino de vivencia del mundo, y no de experiencia ante la obra de arte o de juicio artístico). Las palabras nacen de esa realidad previa.

Claro que las palabras son necesarias y útiles precisamente porque esa realidad previa no es irracional o inefable. Las palabras sirven para articularla, entenderla y vivirla. Detrás del rechazo de los nacionalismos “separatistas” por parte del nacionalismo español hay -dicho sea en su honor- una filosofía de la historia basada en imperios o en naciones políticas, y ligada a determinados valores antropológicos y políticos (el ciudadano como sujeto abstracto, desligado de sus condiciones reales de vida, de su “paisaje”). De igual manera hay una cierta filosofía de la historia y una cierta antropología, quizá menos explícita -dicho sea en su desdoro-, en las posiciones del cosmopolitismo abstracto como la que parece adoptar implícitamente el autor del libro, desde las cuales la historia es una sucesión de historias y el ser humano es un “animal político” cuyas raíces son necesariamente imaginarias y cuyo destino, en todo caso, es el de ser, como reza el tópico, ciudadano del mundo, aunque no de un mundo uniforme al estilo ilustrado o al estilo positivista (o al imperialista), sino de un

mundo en que todos los valores culturales son posibles (no parece importar si entran o no en conflicto). Todo esto son palabras, pero no sólo son palabras.

El nacionalismo, o -más en general- la definición y delimitación de los grupos humanos sobre los que recae un cierto tipo de organización socioeconómica, forma parte del desarrollo real de la política, del aquí y ahora. ¿Es posible escapar de ese escenario de juicios y prácticas políticas y cerrar un juicio académico sobre el nacionalismo sin incorporar criterios políticos, apuestas sobre opciones de organización política y socioeconómica y de delimitación de colectividades (opciones más racionales o más deseables que otras)? Responder a esta pregunta exigiría plantear toda una teoría de las ciencias sociales que abordara el problema de la relación entre éstas y la intervención sobre los grupos humanos (la práctica, la política). Sea como fuere, podríamos decir que la cuestión del nacionalismo no es ya que se sitúe más acá de las palabras, sino que se sitúa también más allá de ellas, porque afecta a proyectos de futuro. Las palabras nacen de una realidad previa sobre la cual, sin embargo, reobran.

No parece que el problema del nacionalismo sea un problema de estrechez de miras o de falta de solidaridad. Como señalan los versos con los que encabezé este comentario, no es cuestión de “conocer mundo”, sino de cómo se conozca ese mundo, es decir, de actitud, de “corazón”. El del nacionalismo y la construcción de identidades es un problema real, porque los seres humanos nos organizamos colectivamente de unas u otras maneras, y del mismo modo que no puede fundarse racionalmente ningún tipo de organización sobre criterios racistas o xenófobos, tampoco existe algo así como una humanidad abstracta sin fronteras ni valores culturales (que son heterogéneos) a la cual todos podamos pertenecer en virtud de un mero ejercicio de voluntad cosmopolita.